



(/2016/03/05/A)

Entrar (<http://suscripcionagil.elmercurio.com/segcom/paso1.aspx?idpromocion=2&login=1>)

Volver

Ir a Portada (/2016/03/05/A) E (/2016/03/05/A/fullpage#slider-11)



Redacción

Ignacia Fernández Rimisp - Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rura

(<https://www.facebook.com/sharer/sharer.php?u=http://impresa.lasegunda.com/2016/03/05/A/772SSQSF/282SSRIF>)
 ([http://twitter.com/share?](http://twitter.com/share?text=Redacción&url=http://impresa.lasegunda.com/2016/03/05/A/772SSQSF/282SSRIF))

text=Redacción&url=http://impresa.lasegunda.com/2016/03/05/A/772SSQSF/282SSRIF)
(mailto:?subject=La

Segunda:Redacción&body=http://impresa.lasegunda.com/2016/03/05/A/772SSQSF/282SSRIF)



Una nueva agenda de desarrollo regional

Con la aprobación de la idea de legislar la elección directa de intendentes en el Senado se da un paso clave en el proceso de descentralización del país, un mínimo con el cual Chile apenas comienza a ponerse al día respecto de su enorme rezago centralista. Existe voluntad para descentralizar y conciencia acerca de esta necesidad, pero faltan todavía acuerdos fundamentales respecto de la

necesidad, pero faltan todavía acuerdos fundamentales respecto de la dirección y sentido del proceso.

Urge contar con una nueva agenda regional con objetivos de largo plazo que promuevan el desarrollo equitativo del país. Esta no puede verse limitada a la elección de intendentes, y ni siquiera a un conjunto de medidas de descentralización del Estado. Se requiere apostar a que el país puede crecer desde muchos lugares a la vez, dejando progresivamente atrás una realidad donde una sola región concentra el 50% de la actividad económica. Porque claramente en Chile no da lo mismo donde se nace para determinar las oportunidades de desarrollo.

La descentralización no es un proceso fácil en el contexto de un Estado unitario y de larga tradición centralista, pero sobran los ejemplos en el mundo que demuestran que es compatible con un Estado unitario, no federal, con autoridades regionales democráticamente elegidas. Según indica la evidencia, estas estructuras solamente operan de manera adecuada cuando tienen lugar procesos endógenos de desarrollo, liderados y conducidos por los actores regionales. Por eso es necesario avanzar no sólo en reformas de carácter institucional, sino también en procesos relacionados con el ámbito societal de la descentralización.

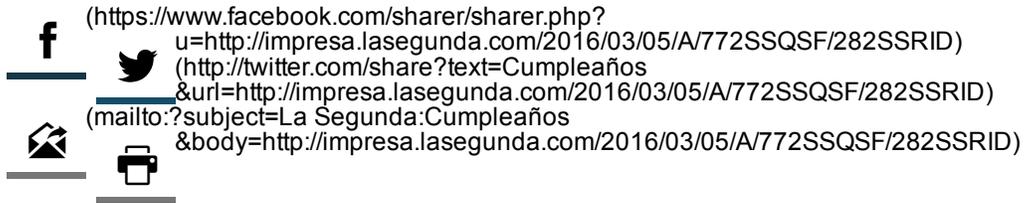
Tenemos que pensar y actuar en función de un objetivo nacional de desarrollo con cohesión territorial. Se trata de llevar el tema a los actores sociales, a los ministerios sectoriales y, por cierto, a gobiernos regionales cada vez más fuertes, que sean más gobiernos y menos simples administradores. El problema de fondo sigue siendo el desarrollo regional: la elección directa de los intendentes es el primer paso y la descentralización es sólo un medio para ello.



(<http://seg.reader.ecn.cl/2016/03/05/content/pages/img/mid/7M2ST0LE.jpg>)

Cumpleaños

Carlos Franz



"Los únicos tristes sin remedio son aquellos de la parábola evangélica: los que recibieron un talento y no se arriesgaron a emplearlo".

Esto de celebrar los cumpleaños es algo raro. Festejamos haber "cumplido" años como quien se congratula de terminar un trabajo o de honrar su palabra. Nos vanagloriamos de alcanzar una edad como si el paso del tiempo fuera un triunfo de nuestra voluntad. Pero los únicos que podrían celebrar un triunfo son los propios años. Ellos son los que cumplen con su compromiso inflexible de transformarse en pasado. Hacemos lo que hacemos... excepto morirnos... quien cumple y pasa es

Hayamos lo que hayamos —excepto nosotros— quien cumple y pasa es el tiempo, indiferente a nuestros vanos intentos de apropiárnoslo mediante esos rituales mágicos que llamamos cumpleaños.

Cuando éramos niños aguardábamos esta fecha con ansiedad. No sólo por los regalos. Sumábamos cada año con avidez, como un codicioso que añade monedas a su riqueza. Cuando cumplí diez años lo celebré alborozado. Me parecía que contar mi edad con dos dígitos en vez de uno aumentaba mi importancia. Y estaba convencido de que esa nueva importancia era un mérito mío. De lo contrario, si cumplir años no era mi logro, ¿por qué entonces esos premios que los adultos me daban de regalo?

Creer que cumplir años era nuestro mérito y engañarnos respecto de la importancia de esa fiesta no era culpa nuestra. Los mayores nos habían enseñado que crecer era un logro y que conducía a la perfección; o sea, a ellos. Por supuesto, se trataba de una fantasía porque lo mayor no es más perfecto, ni más pleno, ni más feliz, que lo pequeño. Pero esto no lo sabíamos y entre tanto festejábamos, dichosos.

Durante la juventud y la adultez muchos seguimos celebrando o dejando que nos celebren el cumpleaños. Pero ahora sabemos que el mérito de sumar años no es nuestro, sino del tiempo. Y en consecuencia festejamos por el puro gusto de reunirnos con los amigos, de comer y beber y hablar de cualquier cosa para distraernos (¿y olvidarnos de lo que se cumple?).

Los adultos también celebramos por hábito, por devoción al ritual o por el qué dirán. La presión social celebratoria puede ser abrumadora. Los parientes y amigos de un excéntrico que decida no festejar su cumpleaños lo castigarán con dureza por privarlos de la fiesta acostumbrada. Murmurarán a sus espaldas: "¡No se celebra! Ya decía yo que algo malo le pasa. Debe irle pésimo en el matrimonio o en el trabajo. Se está poniendo introvertido y antisocial". Así, el desgano que no quiso festejarse queda convertido en un paria hasta que al año siguiente, escarmentado, decide volver a "celebrar".

Pasados los cincuenta años, y si somos sinceros con nosotros mismos, los festejos se complican. Por buena que sea la fiesta —cuando la hacemos— ahora se nota más esa otra maña de los años, que mientras se suman por un lado, se restan por el otro. De niños creíamos que era mérito nuestro cumplirlos y acumularlos; ahora nos gustaría preguntar qué hemos hecho para merecer esta resta vertiginosa del tiempo que nos queda

nos queda.

Y eso no es lo peor. Los cumpleaños en la edad madura propician los balances. En estos aniversarios una persona intrépida se preguntará, seguramente, qué hizo con los talentos que recibió. Esta es una interrogante difícil, cuya respuesta sincera dejaría a casi todos insatisfechos. Para evitarlo los seres humanos inventamos la conformidad y la naturaleza —más sabia— inventó el olvido.

Gracias al olvido, en algunos cumpleaños de gente madura escuchamos brindis elogiosos del festejado que ha logrado "todo lo que se propuso en la vida", omitiendo recordar todo lo que también deseó pero temió proponerse. En otros cumpleaños, y gracias a la conformidad, muchos celebran lo conseguido aun reconociendo que no se parece a lo que soñaron; pero festejan igual porque dieron lo mejor de sí mismos para obtenerlo.

Felices ellos: los que olvidan y los que se conforman. Los únicos tristes sin remedio son aquellos de la parábola evangélica: los que recibieron un talento y no se arriesgaron a emplearlo. Para ellos: "las tinieblas de afuera. El llanto y el rechinar de dientes".

Por mi parte, ni me olvido, ni me conformo, ni creo haber desperdiciado mis talentos. Sin embargo, últimamente no celebro mis cumpleaños. Creo que lo hago como una tardía e infantil revancha contra el tiempo.

En alguna de sus historietas Mafalda exige: "¡Paren el mundo que me quiero bajar!". Para no ser menos, yo reclamo que el tiempo se detenga, alguna vez. Y me imagino que se lo pido de regalo por mi cumpleaños: "Señor tiempo: Ya sería hora de que sea usted y no yo, quien cargue con las consecuencias de esta manía suya de cumplir años".



VOLVER (/2016/03/05/A/772SSQSF) SIGUIENTE (/2016/03/05/A/772SSQSG/all)